



James Joyce

Eveline



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EVELINE

JAMES JOYCE

PUBLICADO: 1914

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

Traducido al castellano por Elejandría desde su publicación original en inglés en la edición de NEW YORK, B. W. HUEBSCH (1917) disponible en en.wikisource.org

EVELINE

Estaba sentada junto a la ventana observando cómo el atardecer invadía la avenida. Tenía la cabeza apoyada en las cortinas de la ventana y en sus fosas nasales se percibía el olor a cretona polvorienta. Estaba cansada.

Pasaba poca gente. El hombre de la última casa pasó de camino a su hogar; ella oyó sus pasos repiqueteando por la acera de cemento y después crujiendo en el camino de cemento que precede a las nuevas casas rojas. Antes había allí un campo en el que solían jugar todas las tardes los niños de otras personas. Luego, un hombre de Belfast compró el campo y construyó casas en él, no como sus casitas marrones, sino casas de ladrillo brillante con tejados relucientes. Los niños de la avenida solían jugar juntos en ese campo: los Devine, los Waters, los Dunn, la pequeña Keogh, la lisiada, ella y sus hermanos y hermanas. Ernest, sin embargo, no jugaba nunca: era demasiado mayor. Su padre solía perseguirlos fuera del campo con su bastón de espino negro; pero normalmente la pequeña Keogh se mantenía en silencio y llamaba cuando veía venir a su padre. Sin embargo, parecía que entonces eran bastante felices. Su padre no era tan malo por aquel entonces y, además, su madre estaba viva. Eso fue hace mucho tiempo; ella y sus hermanos y hermanas ya eran mayores; su madre había muerto. Tizzie Dunn también había muerto, y los Waters habían vuelto a Inglaterra. Todo cambió. Ahora iba a marcharse como los demás, a dejar su hogar.

Su hogar. Miró la habitación, repasando todos los objetos familiares a los que había quitado el polvo una vez a la semana durante tantos años, preguntándose de dónde había salido todo ese polvo. Tal vez nunca volvería a ver esos objetos familiares de los que nunca había imaginado separarse. Y sin

embargo, durante todos esos años nunca había averiguado el nombre del sacerdote cuya fotografía amarillenta colgaba en la pared, encima del armonio roto, junto a la impresión en color de las promesas hechas a la beata Margarita María Alacoque. Había sido un amigo del colegio de su padre. Cada vez que mostraba la fotografía a un visitante, su padre se la pasaba con una palabra casual:

"Ahora está en Melbourne".

Ella había consentido en irse, en dejar su casa. ¿Era prudente? Intentó sopesar cada lado de la cuestión. En su casa, de todos modos, tenía refugio y comida; tenía a los que había conocido toda su vida a su alrededor. Por supuesto, tenía que trabajar duro, tanto en la casa como en el negocio. ¿Qué dirían de ella en las tiendas cuando descubrieran que se había escapado con un compañero? Dirían que era una tonta, tal vez, y su puesto se cubriría con un anuncio. La señorita Gavan se alegraría. Siempre había tenido una actitud de alerta, sobre todo cuando había gente escuchando.

"Srta. Hill, ¿no ve que estas damas están esperando?"

"Anímese, Srta. Hill, por favor".

Ella no lloraría mucho al dejar los Almacenes.

Pero en su nuevo hogar, en un país lejano y desconocido, no sería así. Entonces estaría casada, ella, Eveline. Entonces la gente la trataría con respeto. No la tratarían como a su madre. Incluso ahora, aunque tenía más de diecinueve años, a veces se sentía en peligro por la violencia de su padre. Sabía que era eso lo que le provocaba las palpitaciones. Cuando crecían, él nunca había atacado a la niña, como solía hacerlo con Harry y Ernest, porque ella era una niña; pero últimamente había empezado a amenazarla y a decir lo que le haría sólo por su madre muerta. Y ahora no tenía a nadie que la protegiera. Ernest había muerto y Harry, que se dedicaba a la decoración de iglesias, estaba casi siempre en algún lugar del país. Además, la invariable disputa por el dinero los sábados por la noche había empezado a cansarla indeciblemente. Ella siempre daba su salario completo -siete chelines- y Harry siempre enviaba lo que podía, pero el problema era conseguir algún dinero de su padre. Decía que ella solía despilfarrar el dinero, que no tenía cabeza, que él no iba a darle su dinero duramente ganado para que lo tirara por la calle, y muchas cosas más, pues él solía estar bastante mal los sába-

dos por la noche. Al final le daba el dinero y le preguntaba si tenía intención de comprar la cena del domingo. Entonces tenía que salir lo más rápido posible y hacer su mercadeo, sosteniendo su bolso de cuero negro con fuerza en la mano mientras se abría paso a codazos entre la multitud y regresaba a casa tarde bajo su carga de provisiones. Trabajaba duro para mantener la casa en orden y para asegurarse de que los dos niños pequeños que habían quedado a su cargo fueran a la escuela con regularidad y recibieran sus comidas con normalidad. Era un trabajo duro, una vida dura, pero ahora que estaba a punto de dejarla no le parecía una vida totalmente indeseable.

Estaba a punto de explorar otra vida con Frank. Frank era muy amable, varonil y de corazón abierto. Iba a irse con él en el barco nocturno para ser su esposa y vivir con él en Buenos Aires, donde él tenía un hogar esperándola. Qué bien recordaba la primera vez que lo había visto; estaba alojado en una casa de la calle principal que ella solía visitar. Parecía que hacía unas semanas. Estaba de pie en la puerta, con la gorra de visera echada hacia atrás y el pelo alborotado sobre un rostro de bronce. Entonces se habían conocido. Él solía encontrarse con ella a la salida de los almacenes todas las tardes y la acompañaba a casa. La llevó a ver "La chica de la bohemia", y ella se sintió muy emocionada cuando se sentó con él en una parte del teatro a la que no estaba acostumbrada. A él le gustaba mucho la música y cantaba un poco. La gente sabía que estaban cortejando y, cuando él cantaba sobre la muchacha que ama a un marinero, ella siempre se sentía agradablemente confundida. Él solía llamarla Poppens por diversión. Primero había sido una emoción para ella tener un compañero y luego había empezado a gustarle. Le contaba historias de países lejanos. Había empezado como mozo de cubierta por una libra al mes en un barco de la Allan Line que iba a Canadá. Le contó los nombres de los barcos en los que había estado y los nombres de los diferentes servicios. Había navegado por el Estrecho de Magallanes y le contó historias de los terribles patagónicos. Había caído de pie en Buenos Aires, dijo, y había venido al viejo continente sólo para pasar las vacaciones. Por supuesto, su padre se había enterado del asunto y le había prohibido que le hablara.

"Conozco a estos marineros", dijo.

Un día había discutido con Frank y después de eso ella tuvo que reunirse con su amante a escondidas.

La tarde se hizo más profunda en la avenida. El blanco de dos cartas en su regazo se volvió indistinto. Una era para Harry; la otra, para su padre. Ernest había sido su favorito, pero también le gustaba Harry. Su padre estaba envejeciendo últimamente, se dio cuenta; la echaría de menos. A veces podía ser muy amable. No hacía mucho, cuando ella había estado en cama durante un día, le había leído un cuento de fantasmas y le había hecho una tostada junto al fuego. Otro día, cuando su madre estaba viva, habían ido todos de picnic a la colina de Howth. Recordaba a su padre poniéndose el gorro de su madre para hacer reír a los niños.

Se le estaba acabando el tiempo, pero siguió sentada junto a la ventana, apoyando la cabeza en la cortina, aspirando el olor a cretona polvorienta. A lo lejos, en la avenida, podía oír el sonido de un órgano callejero. Conocía el aire. Era extraño que esa misma noche viniera a recordarle la promesa hecha a su madre, su promesa de mantener el hogar unido mientras pudiera. Recordó la última noche de la enfermedad de su madre; estaba de nuevo en la estrecha y oscura habitación al otro lado del vestíbulo y fuera escuchó un melancólico aire de Italia. Le habían ordenado al organista que se fuera y le habían dado seis peniques. Recordó a su padre entrando en la habitación de los enfermos diciendo:

"¡Malditos italianos! ¡que vienen aquí!"

Mientras reflexionaba, la lamentable visión de la vida de su madre se apoderó de lo más profundo de su ser: aquella vida de sacrificios banales que se cerraba en la locura final. Se estremeció al oír de nuevo la voz de su madre diciendo constantemente con insistencia insensata

"¡Derevaun Seraun! Derevaun Seraun!"

Se levantó en un repentino impulso de terror. ¡Escapar! ¡Debía escapar! Frank la salvaría. Le daría la vida, y quizás también el amor. Pero ella quería vivir. ¿Por qué debería ser infeliz? Tenía derecho a ser feliz. Frank la tomaría en sus brazos, la estrecharía. La salvaría.

- - - - -

Ella se encontraba entre la multitud que se balanceaba en la estación del Muro Norte. Él la tomó de la mano y ella supo que le hablaba, diciendo algo sobre el pasaje una y otra vez. La estación estaba llena de soldados con maletas marrones. A través de las anchas puertas de los cobertizos, ella vis-

lumbró la masa negra del barco, tendido junto al muro del muelle, con los ojos de buey iluminados. No respondió nada. Sintió su mejilla pálida y fría y, en un laberinto de angustia, rogó a Dios que la dirigiera, que le mostrara cuál era su deber. El barco emitió un largo y lúgubre silbido en la niebla. Si se iba, mañana estaría en el mar con Frank, navegando hacia Buenos Aires. Su pasaje estaba reservado. ¿Podía ella echarse atrás después de todo lo que él había hecho por ella? Su angustia despertó una náusea en su cuerpo y no dejó de mover los labios en una silenciosa y ferviente oración.

Una campana sonó en su corazón. Sintió que él le cogía la mano:

"¡Ven!"

Todos los mares del mundo se agitaron en torno a su corazón. Él la atraía hacia ellos: la ahogaría. Se agarró con ambas manos a la barandilla de hierro.

"¡Ven!"

¡No! ¡No! ¡No! Era imposible. Sus manos se aferraron al hierro con frenesí. En medio del mar, lanzó un grito de angustia.

"¡Eveline! ¡Evvy!"

Se precipitó más allá de la valla y la llamó para que la siguiera. Le gritaron que continuara, pero aún así la llamó. Ella puso su rostro blanco hacia él, pasivo, como un animal indefenso. Sus ojos no le daban ninguna señal de amor, ni de despedida, ni de reconocimiento.